

Prácticas y políticas de desplazamiento como un nuevo orden social

Estela Luisa Torres

Ernesto F. Castillo¹

Resumen

Carl von Linneo desarrolló la nomenclatura binómica hacia 1700 para clasificar y organizar las plantas y los animales, considerando al hombre unos de éstos. Una teoría taxonómica en la que las especies quedaban fijas desde su Creación, sin evolución alguna. Un siglo más tarde Darwin desarrollaba su teoría evolucionista. En ambas encontramos al hombre sin posibilidades de evolucionar lo que, entre otras cuestiones, impediría la movilidad social.

Este humano-humanoide se ha reproducido hasta superpoblar un planeta que como un gran globo parece a punto de reventar, colmado de egoísmos. Las subdivisiones aumentan las diferencias aún en una misma clase, enfrentando al pobre con el pobre.

Localmente los adjetivos también se diversificaron: ya no son sólo cabecitas; son cabeza, traficantes, chorros, proletarios, todos en la misma villa. Anónimos, negros; sin importar sus sueños, deseos, utopías. Nos entretenemos clasificando y descalificando al de al lado en: indios, bolitas, paragüas, gallinas, bosteros, zurditos, perucas, los que lo votaron, los que no saben votar...

En tanto la movilidad se está vetando la clase media no sabe si se cae en la negrada o permanece donde está rasguñando a la de arriba; no conforme con su lugar cree que sube o baja, aunque sin advertir que el desplazamiento sólo le es posible pendulando entre la izquierda y la derecha. Somos la clase difícil donde nadie quiere ser “negro” pero al (auto) descalificarnos todos nos convertimos en “negros”. Con el perdón de los negros.

¹ Docentes - investigadores del Departamento de Artes Visuales de la UNA (Universidad Nacional de las Artes).

Prácticas y políticas de desplazamiento como un nuevo orden social

En nuestra mente occidentalizada no comprendemos ni estudiamos casos si no seleccionamos y clasificamos.

La frase “divide y reinarás”, de discutida procedencia se ha aplicado continuamente a las más diversas teorías de poder. Aparentemente fue Julio César quien diría “divide y vencerás” aunque hay quienes dan otras versiones.

Marie Louise Pratt nos propone volver sobre la teoría de Carl von Linneo, naturalista sueco, quien desarrolló la nomenclatura binómica hacia 1700, para clasificar y organizar las plantas y los animales, considerando al hombre unos de éstos. Una teoría taxonómica y “fijista”, llamada también Creacional, en la que las especies quedaban fijas desde su Creación, sin evolución alguna. Una simple repetición en el tiempo. De este modo el hombre quedaría dentro del reino animal, lo que le trajo unos cuantos problemas con la iglesia.

Un siglo más tarde Darwin desarrollaba su conocida y no menos discutida teoría evolucionista “El origen de las especies por medio de la selección natural, o la preservación de las razas preferidas en la lucha por la vida”.

¿Por qué compararlas? Son diferentes teorías pero siempre sujetas a la herencia familiar. Ambas encuentran al hombre sin posibilidades de evolucionar, de cambiar, de mejorar lo que, entre otros problemas, impediría la movilidad social.

Este humano-humanoide se ha reproducido millonariamente hasta superpoblar un planeta que como un gran globo parece a punto de reventar; colmado de egoísmos y egocentrismos, desastres ecológicos, guerras intestinas inexplicables y un crecimiento supuestamente racional.

El razonamiento se encuentra aplicado a la constante promesa de redistribución económica y preocupación por las necesidades del otro. Un otro diluido que sirve para justificar la enfermedad del siglo: el poder desmedido e innecesario que da por resultado el hacinamiento y el hambre.

Son infinitas las consignas a la hora de recibir el bastón de mando. Lo cierto es que la única respuesta real es la indiferencia. Y así como Linneo llegó a fijar a las especies y Darwin nos dejó en estado de mono aullador diferenciado según adaptación, sin posibilidades de cambio, la sociedad toda se fue diferenciando en clase y subclases que tironean, como en los orígenes, de un trozo de carne que se niegan a repartir. En la búsqueda de la mayor acumulación de poder, versus mayor hambruna y de la acumulación de más objetos de poder versus el aumento de necesidades reales.

La subdivisión aumenta la diferencia aún en la misma clase enfrentando al pobre con el pobre, al trabajador con su homónimo.

Los adjetivos también se diversificaron: ya no son sólo cabecitas; son cabeza, traficantes, chorros o proletarios, todos en la misma villa. Todos anónimos, todos negros; sin importar si tienen sueños, deseos, utopías. Están últimos en la clasificación de darwinismo social. Sin contar con los “indios” que se les ocurre “adueñarse” de la tierra y están tan abajo que de

ellos ni se discute. La clasificación y descalificación es infinita. Tan infinita como la estigmatización.

En tanto la clase media que no sabe si se cae en la negrada o permanece donde está rasguñando a la de arriba; no conforme con su lugar cree que sube o baja según las épocas, aunque sin advertir que el desplazamiento sólo le es posible pendulando entre la izquierda y la derecha. Un día sale en apoyo de los desclasados, de las madres, del “ni una menos” y en defensa de la educación pública y otro en contra de los negros para bajar la edad de encarcelamiento. Convertida en una clase media-baja, media-alta, des-identificada.

Somos la clase difícil donde nadie quiere ser “negro”. Queremos todo prolijito. Sin compromisos raros o difíciles de explicar.

Tal vez por eso pensamos que “estaban metidos en algo” aquellos jóvenes de los '70 a los que desaparecieron

Tal vez por eso permitimos que los pibes morochitos del norte viajaran al sur con un arma que sus manos no conocían gritando “Viva la Patria” y no volvieron para contarnos cómo les fue.

Después están “los de arriba”, porque siempre nuestra clasificación occidental es hacia arriba, piramidal. Una clase alta también subdividida en empresarios poderosos y súperpoderosos, los herederos y nuevos-ricos, los gobernantes, los que viajan constantemente y no se cuestionan nada. Los ciegos. A algunos les va bien y a otros mejor.

Mientras, nos entretenemos clasificando y descalificando al de al lado en:

Indios (todos juntos sin distinguir etnias), bolitas, paragüas, gallinas, bosteros, zurditos, perucas, perucas-zurditos, los que lo votaron, los que no saben votar...

En tanto la movilidad se está vetando, se cierran fábricas, escuelas especiales públicas. Nos seguimos subdividiendo aferrados a los discursos de la hora sin podernos explicar porqué no nos hacemos cargo y siempre la culpa es del otro.

Nos autodescalificamos constantemente y todos nos convertimos en “negros”. Con el perdón de los negros.

Al igual que los reductos étnicos que aún perviven en Argentina, los pobres no tienen nombre, edad ni ubicación posible. Son, según los medios, “menores”, “individuos”, “dos hombres y una mujer”... Es decir son “parias urbanos”, en la definición de Loïc Wacquant quien se ha dedicado desde años al estudio del crecimiento de desigualdades. El autor nos señala asimismo el florecimiento en este siglo de los extremos como pobreza y riqueza, la indigencia y la abundancia, opulencia y miseria que aunque los señala en el orden mundial son aplicables a la Argentina.

Enclaves de pobreza

El enclave de pobreza en diferentes partes del país decanta necesidades básicas insatisfechas, de pobres estructurales, en general con un sueldo por debajo de la tristemente llamada línea pobreza que todos registramos pero que no conocemos. Significa más bien una frontera porosa entre el que puede sobrevivir y el que no. Significa además una cifra de injusticia y violencia.

Walter Benjamín quien ha sido el crítico literario, el miniaturista de la vida cotidiana, a lo que suma el concepto de experiencia (Para una crítica de la violencia), nos señala que la violencia puede ser indagada sólo como medio y no como fin, lo que complica su análisis a la hora de definir si puede entonces estar o no enmarcada en la moral. Estos planteos dan

lugar a discusiones como fundamento si consideramos a la violencia como un producto natural, como materia prima; no habría problema en tanto no se la utilice con fines injustos. Por ello podríamos analizar los movimientos revolucionarios en la Francia de 1789 como justo si se tiene en cuenta que el poverío hambreado fue esa clase que empujó desde abajo hasta mover los estamentos anquilosados de una sociedad injusta y aplastante. Por otra parte dio a conocer que el pobre pudiera dejar de serlo así como mostrarle a esa clase baja y sometida que el poder era un bien posible de alcanzar y utilizar para el que nada tenía a su favor; lo que habría dado como resultado la movilidad social a futuro. Para explicarlo con vocablos actuales podríamos definir que el pobre de la Revolución logró empoderarse.

El problema es cuando estamos ante un Estado iusnaturalista que pone a su propio servicio la violencia naturalizándola para presionar como ya se ha vivido en tiempos de facto.

Pero hay otras armas del Estado que no están cargadas de pólvora sino de la violencia que da la indiferencia. Y es esta herramienta de ahogo y de presión la que venimos viviendo en los últimos años. Que, debemos reconocer, no es nueva. Lo que sí, es de un pronunciado y permanente despojo de las clases sociales. Un despojo que se traduce en pérdida en el día a día. Pérdida de lo logrado; pérdida de la esperanza de lograr a futuro. Y como no todo sucede al unísono se va dando como resultante una serie de subclases que nadie puede explicar. Hay varias clases medias: media alta, media-media, media baja, media perdida y traducida en baja.

También dentro de las clases bajas hay subdivisiones: quienes viven en la una villa pero con ánimo de salir del pozo y estudia, en este bendito país donde quien lo desee aún va a la universidad sin pagar. Otros sobreviven del robo o hurto y tienen el nombre de ladrones o delincuentes. Otros trafican droga que señores de clase acomodada les facilitan... otros se drogan ya sin saber por qué ni para qué. Pero todos quedan englobados en un mismo adjetivo que suele variar entre cabezas o negros de mierda. Son la negrada. También tienen otro adjetivo que los engloba y es el de hartazgo y subordinación. Esa violencia, la de la desesperanza, como un látigo flagelador que todos conocemos. No. No conocemos si no lo vivimos. Apenas lo intuimos.

Marc Augé enmarca al antropólogo en el mundo global. Señala entonces diferentes etnologías: de estadía, de recorrido y de encuentro. Nos enfrenta a mundos que generalmente teorizamos sin conocer y con el recorrer y conocer logramos encontrarlos, o nos encuentran.

Esta teoría de búsqueda y desconocimiento conlleva a recordar momentos de la vida del padre Mugica que no sólo nos resulta ejemplar y curioso sino que es una especie de despertador que llama a observar los destinos en vivo y en directo. Carlos Mugica fue sacerdote, político, compañero y por sobre todo un ser excepcional. Instalado en la Villa de Retiro como conductor espiritual se volcó de tal modo a protegerlos que deberíamos hacer todo un capítulo sólo de su vida para tratar de entender cómo cumplió su sueño de darles una vida mejor a tanto desesperanzado.

Inolvidable es cuando relata que quiso entender la cotidianeidad de esa gente tan siquiera por una noche y se quedó a dormir en la Villa del Retiro. Pero no lograba conciliar el sueño por los ruidos y el frío que le calaba los huesos. En tanto, a su alrededor, todos dormían, acostumbrados, como si nada pasara. Y entonces entendió lo que era ser pobre...

Tan distante de nuestras vidas, cómodas, con ducha tibia en invierno, con aire fresco en verano y el plato de comida diaria asegurada que cuesta imaginar otras manera de vivir o sobrevivir. Tal vez por tanta distancia en las últimas décadas se naturalizó convivir con la

diferencia sin plantearnos el término olvidado: la justicia. Y empieza a parecernos normal que podamos vivir como lo hacemos considerando que para eso trabajamos y nos lo merecemos. Tal vez se ha legitimado que si otros viven mal, buscan comida en los containers callejeros será porque no hicieron nada para vivir mejor. Y aun cuando digamos “qué feo, pobre gente”, los queremos lejos de nosotros. Al respecto no sabríamos cómo definir esa contradicción interna y nos quedamos con el rechazo.

Ese innombrado sentimiento ha recibido hace poco tiempo una definición en la voz de la filósofa española Adela Cortina, catedrática de Ética en la Universidad de Valencia. De su reflexión es el axioma Aporofobia, como el rechazo al pobre. Establece una asignatura de valores cívicos ante problemas ocultos, avanzando en posibles respuestas. Nos plantea que cuando se habla de diferencias étnicas, de orientación sexual, al creyente de otra religión o al que no tiene recursos ni autonomía, al que no puede salir adelante, siempre se está rechazando al pobre, al excluido.

Y es que nos olvidamos que los marginalizados tienen dignidad, deseos y sueños por cumplir. Y valores que nada tienen que ver con el dinero. Ese nombre que le pone a la realidad nos convoca a repensar, a salir de la posible culpa para desenmascarar actitudes con potencial transformador. Lo que comprendemos pero no es tan fácil revertir. Porque el desafío no es solo personal sino una conducta que debe estar propuesta por las democracias. A los pobres se los ignora y olvida. Sus problemas íntimos los consideramos de un submundo por el que nada podemos hacer aunque sean casos que también sufre la clase media o alta a menudo como la pérdida del poder adquisitivo, la violencia en las calles, los femicidios, los accidentes callejeros por negligencia. Pero consideramos que sus dificultades no nos pertenecen.

Tal vez deberíamos pensar en que nuestro aporte a las diferencias deben darse desde nuestro hacer cotidiano, desde nuestros oficios. Porque no es necesario tener aptitudes extraordinarias que no sabríamos cómo resolver.

Como artista visual me pregunto ¿y qué lugar tiene el arte en todo esto? ¿Qué hacer cuando tenemos tantos problemas sociales y políticos?

Sabemos que el arte ha sido y es político. Ya sea en sus comienzos como representante de la iglesia. Ya como quiebre del arte contemplativo volviéndose vanguardista.

Y hablando de las Vanguardias Europeas, que resonaron particularmente en Latinoamérica, el arte ha sido y sigue siendo una herramienta para proponer, para denunciar, para resistir. En todas las épocas América Latina toda se ha valido de la imagen para despojar la mentira.

Cuando las Vanguardias nacían en Europa adheridas a las nuevas tecnologías, a las nuevas ciencias, en América llegó como herramienta de poder que representaba a los humildes, a los desclasados. Ha sido la voz a través de los artistas comprometidos con su sociedad.

Mientras Picasso pintaba las señoritas de Avignon, el cubano Wilfredo Lam planteaba a través del cubismo los mestizajes y transculturación, el dolor de la guerra Española y su origen afrocubano.

El mexicano Rufino Tamayo entre los años 20 y 30 combina las figuras populares con las formas artísticas de las vanguardias europeas.

El uruguayo Pedro Figari pone en primeros planos la negritud y el candombe. Incluso escribe un libro, *Historia Kiria*, que resume la vida de un pueblo desaparecido con una sociedad utópica llena de profundos conflictos humanos y otros cuentos que van de la mano de sus pinturas, marcando diferencias sociales.

Otro importantísimo autor del país vecino y hermano es Joaquín Torres García, quien nos da vuelta el mundo para que veamos qué pasa cuando nos paramos a mirar desde nuestra América y Europa se convierte en periferia.

Así podríamos nombrar a los muralistas mexicanos, al chileno Roberto Matta, y mujeres brasileñas como Anita Malfatti y Tarsila Do Amaral quienes plasmaron el color de Brasil, y al igual que los artistas nombrados anteriormente bebieron las técnicas de las vanguardias europeas en los comienzos del siglo XX pero sólo como instrumento para decir, para contar las penurias de su pueblo y fortalecer la identidad a través de las imágenes. Se convirtieron así en la voz de los oprimidos a pesar de haber tenido suficiente bienestar económico como para trasladarse con viajes costosos.

Luego, a modo de posta, hacia los comienzos de los años sesenta el Grupo Espartaco retomaría esas transmisiones como un movimiento que promovía el arte social. Entre el año 1958 y 1968 rechazaron el colonialismo cultural y desplegaron actividades artísticas, entre los que se encontraban el entrerriano Bute, el boliviano Raúl Lara, franco Venturi, nacido en Roma e incorporado al grupo; Carlos Sessano, Juan Manuel Sánchez, Mario Mollari y quien quizá más familiar nos resulta por su conocida obra, Ricardo Carpani.

Cabe aclarar que todas las vanguardias tanto europeas como locales fueron promovidas siempre por la literatura que dio lugar a los diversos manifiestos donde sentaron las bases de nuevos pensamientos; que tenían coincidencias lógicamente pero anidaban también ciertas diferencias. Por nombrar algunos “El grupo de Florida”, formado por intelectuales y el “Grupo Boedo”, llamados *artistas del pueblo*, pertenecientes a clases más desposeídas quienes no se preocuparon tanto por un lenguaje sino más bien por denunciar las desigualdades políticas como así las sociales. Fueron un tanto acusativos de la comodidad estética del otro grupo por evadir los conflictos existentes y no llegar al pueblo.

Son muchos los artistas comprometidos que plasmaron sus ideas, ya solos o en grupos, pero me permitiré destacar a Antonio Berni dedicado a mostrarnos desde aquella época y para siempre *Los desocupados*, los *Chacareros*, *Juanito Laguna*, ese niño por demás desprotegido pero dueño de sus sueños, más el ícono de la prostitución, Ramona, hacia los años '60. Paredes y espacios nos permiten leer y releer realidades identitarias en las salas dedicadas al arte argentino del Museo Nacional de Bellas Artes. Resulta un cachetazo analizar y deducir si se refiere al pasado o al presente por la enorme vigencia de la temática social irresuelta aún.

En 1972 Víctor Grippo va más allá. No conforme con la representación artística planta un horno de pan en la vía pública, construido por él mismo con la colaboración del escultor Jorge Gamarra y del artesano Rossi, enmarcado en la acción denominada *Arte e Ideología, CAYC al aire libre*. En clave antirretórica con un silencio simbólico, cocinan pan e invitan a los transeúntes. Como no podía ser de otra manera en la época se prohíbe la acción performática y se destruye el horno quedándonos, no obstante, el registro que hizo el

mismo Grippio de cada momento que fue transcurriendo en ese único día de exhibición, donde se plantea el alimento necesario, el pan de cada día pero también la idea de comunidad.

Sobran las performances, palabras, obras que no son lo que hasta entonces se proyectaba como obra en tiempos donde mostrar-mostrarse era realmente una patriada y un gran riesgo.

Tras el inicio del Di Tella crítico pero manejado por una importante suma de dinero aportado por Estados Unidos que lo hizo posible, su contrapartida Tucumán Arde. Por otro lado los collages de Castagnino visualizando el Cordobazo y Rosariazo. Cabe preguntarse ¿cuándo no estuvo el artista? Cuándo el arte no nos sacudió con la realidad.

Volviendo al tiempo presente, las performances en la calle por el “Ni Una Menos” en las calles, galerías y frente a instituciones gubernamentales que nos pertenecen como ciudadanos, se nos presenta una vez más la función primordial del arte. A través del arte dramático, la literatura, la pintura, y por sobre todo la palabra como imagen y la imagen como palabra de lo que se vale el arte contemporáneo; no porque sucede hoy solamente sino por esa fricción con el pasado-presente de una realidad reiterada aunque nos movilicen otras temáticas que se suman a las existentes.

Pero podemos encontrar un hilo conductor que se mueve entre el hoy y el ayer de un modo anacrónico viajando a “contrapelo” en la historia con hechos reiterados que cabalga en la injusticia y que el arte en todas sus manifestaciones trata de desmontar.

Tal vez el mayor aporte que tenga hoy la diferencia disfrazada de aceptación a la diversidad es que el oprimido; sea indígena, pobre o grupo de género, tiene la palabra. Ese “regalo” que se hicieron a sí mismo en los finales del siglo XX y comienzos del que transitamos, les permite hablar desde su vivencia y no ser representados. Son los dueños de la marcha del orgullo gay, del reclamo por mantener dignamente la educación pública, que no estuvo en riesgo ni siquiera en las épocas de facto, por el aborto seguro, por la educación sexual, por no aceptar la intromisión del FMI. Podríamos señalar que **el pueblo quiere decir de qué se trata**. Aunque sea una parte si consideramos la totalidad.

Aún la sociedad participa con cierto cuidado sólo de lo que toca su vida, ya que seguimos clasificando y separando. Porque lo que nos une mayormente es el miedo. Ese sentimiento que plantea Barthes como el compañero insuperable de la historia humana. Ese miedo a ser el otro. Ese temor a que te pase lo mismo y que es muy viejo, muy metido en nuestra sangre latinoamericana. Ese temor que nos hizo resolver todo en la breve frase “algo habrán hecho” y que no es necesario explicar ni en tiempo ni en consecuencias.

Tenemos miedo, repito, de ser ese otro al que le pasan cosas que no deseamos para nosotros ni para nuestros hijos. Y junto con esos miedos se rechaza lo distinto, lo diverso, lo que no es “mi realidad” como si ese ajeno la hubiera podido elegir. Por eso desde una mirada clasista que nos aleja, o así lo creemos, del riesgo de ser ese otro, los nombramos para distinguirnos, los bautizamos de espanto como “cabezas”, “ellos”, “los narcos”, “los que no piensan” y hasta los denominamos “negros o negros de mierda” desde una mirada aporofóbica que juega de escudo. Porque tenemos miedo. Y, seamos honestos...nadie quiere ser negro. Nuevamente, con el perdón de los negros.

“Lo único que hay que erradicar de la villa es la pobreza”

Padre Mugica



Villa 31 en la actualidad



1968



La Negra 2018

Bibliografía

Augé, Marc 2014 El antropólogo y el mundo global. Buenos Aires: Siglo XXI.

Benjamin, Walter 2001 Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Buenos Aires: Taurus.

Cortina, Adela 2017 Aporofobia. Buenos Aires: Paidós.

Wacquant, Loïc 2001 Parias urbanos, Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio, Buenos Aires: Manantial.